

La desafección al sistema agroalimentario: ciudadanía y redes sociales

Mesa 1: Consumo alimentario y cambio social

I Congreso Español de Sociología de la Alimentación, Gijón 28 y 29 de mayo de 2009

Autores:

Ángel Calle Collado. Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC)

Departamento de CC. Sociales y Humanidades. Universidad de Córdoba

angel.calle@nodo50.org

Marta Soler Montiel. Dpto. Economía Aplicada II. Universidad de Sevilla

msoler@us.es

Isabel Vara Sánchez. Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC)

Departamento de CC. Sociales y Humanidades. Universidad de Córdoba

ivs@ourproject.org

1. Introducción

Desde los 90, distintos sectores de la ciudadanía vienen manifestando un descontento frente al sistema agroalimentario globalizado. Son más conocidas aquellas manifestaciones del consumidor que expresa una desconfianza general hacia instituciones y productos concretos. Un ejemplo son las llamadas “alarmas alimentarias”, originadas tras la aparición de enfermedades como el “mal de las vacas locas”, que se propaga como consecuencia de la creciente interrelación de mercados, y desde un manejo intensivo de la producción alimentaria de consecuencias a veces no muy predecibles.

Pero en ocasiones, esta desconfianza tiene otros derroteros, otras bases y otras propuestas. No excluye, sin embargo, algunas de las causas antes mencionadas: mercados globales, oligopolios de producción y distribución intensiva en los que agricultores y formas tradicionales de manejo de los recursos quedan excluidos del sistema alimentario. Se agregan a demás otros descontentos: aparición de crisis especulativas o competitivas en el mercado de materias primas (caso de los agrocombustibles); crítica del modelo de desarrollo urbanístico, de las ciudades dispersas y de sus consecuencias medioambientales; o las biotecnologías que refuerzan el control de las transnacionales alimentarias sobre la producción alimentaria.

Así, al margen de estrategias individuales que generan nuevos nichos de consumo, algunos ligados a estilos de vida “alternativos” (el mercado de productos orgánicos es una expresión de ello), existen también estrategias de acción colectiva que proponen, no sólo otro consumo,

también otro cambio de paradigma, alimentario y político.

Muy esquemáticamente, podemos reconocer tres grandes tipologías, a la vez fuertemente imbricadas (organizativamente, discursivamente) entre sí:

- *Nuevos estilos agroalimentarios*: una agricultura diferente que opera e incide en el sistema agroalimentario en su totalidad;
- *Nuevos cultivos sociales*: una entrada de formas de economía solidaria y ecológica como criterio para la satisfacción alimentaria que da lugar al surgimiento de cooperativas de consumidores y productores;
- *Nuevos movimientos globales*: en el marco de las protestas “antiglobalización”, y desde narrativas de democracia radical (construcción horizontal, cooperativa, deliberativa; desde abajo), vemos protestas y propuestas sobre el sistema agroalimentario ligadas a redes sociales críticas con el actual proceso de mundialización.

Es fácil imaginar que, dado que el descontento se focaliza sobre un sistema agroalimentario compartido, sean también similares los diagnósticos y las responsabilidades que se reparten entre instituciones públicas y transnacionales, principalmente. También se observará que este tridente de redes críticas comparte, en muchos casos, base social e iniciativas de protesta, como ocurriera en la primera manifestación estatal frente a los transgénicos (18 de abril, Zaragoza).

En este trabajo queremos profundizar no sólo en las características e imbricaciones de las propuestas o resistencias a la globalización agroalimentaria, sino también en qué bases epistemológicas, al margen de políticas, pueden estar construyendo. Como veremos, la *agroecología* será un referente como herramienta de acción y de reflexión, de forma explícita en buena parte de los casos documentados. Por agroecología podemos entender, muy sucintamente, una aproximación a la producción agrícola, y al sistema agroalimentario en general, basándose en un enfoque participativo, de desarrollo endógeno en aras de lograr una sustentabilidad ecológica¹. Se habla, pues, de democratizar, “desde abajo”, la conformación y el acceso a nuestro sistema agroalimentario; de generar dinámicas que permitan un empoderamiento en el acceso a alimentos dentro de un contexto, como veremos, de creciente insostenibilidad ambiental, social y económica.

Comenzaremos este trabajo indagando en las razones y en los desarrollos históricos que han ido motivando un divorcio entre la ciudadanía y el sistema agroalimentario, una desafección alimentaria, que tendría sus raíces en otros distanciamientos: entre ciudad y campo; entre

¹ Para una introducción al pensamiento y la práctica de la agroecología, ver Eduardo Sevilla Guzmán, *De la Sociología Rural a la Agroecología*, Barcelona, Icaria, 2006 y consultar la página web bah.ourproject.org

productores y consumidores; entre la visión de la economía convencional y la realidad de la economía física o ecológica (demandas energéticas y materiales); entre la legitimidad social del consumo como elemento de “progreso” y nuevas redes críticas de protesta y de socialización que cuestionan el sistema agroalimentario, y el consumismo como fenómeno de realización personal y colectiva.

2. El análisis del mercado agroalimentario global

La mayor parte de la población vive hoy en ciudades; y las ciudades vienen siendo motor de formas de crecimiento y desarrollo que, a su vez, están siendo contestadas desde redes críticas. Es en el ámbito urbano en el que se concentran los actos de consumo y en concreto el consumo alimentario. Por tanto, los procesos de cambio urbano, y dentro de ellos los vinculados al consumo, así como la relación entre el campo y la ciudad en la globalización es un ámbito de análisis central para comprender el contexto que impulsa las resistencias agroalimentarias en la globalización.

2.1. La relación campo-ciudad ¿la ciudad contra el campo? ¿la ciudad contra el campesinado?

La oposición campo-ciudad es el resultado del tránsito de un modelo de ciudad “blando” a un modelo de ciudad “duro” a raíz de la difusión de la revolución industrial y dominio de los procesos económicos de mercado (Mumford, 1957). Hasta la difusión de la industrialización, las ciudades seguían un modelo territorial más organicista donde no existía una ruptura u oposición tan fuerte como en la actualidad si no un continuum o integración entre las actividades productivas en torno a los espacios donde se concentraba, siguiendo un modelo de ocupación territorial fundamentalmente disperso y autónomo (Fernández Durán, 1993, Cano y Márquez, 2001). Los mecanismos de mercado hacen que a medida que aumenta la necesidad y, por tanto, la dependencia de los flujos de energía, materiales y alimentos de la ciudad se consolide el poder de lo urbano, quedando lo rural y agrario subordinado.

A partir de la segunda guerra mundial, la industrialización, la modernización agraria y el éxodo rural, unido a la necesidad de mano de obra en las ciudades impulsarán la reestructuración agroalimentaria. En la agricultura se pasa a un modo de manejo industrial basado en la mecanización, el uso de agroquímicos y de semillas comerciales orientado a producir alimentos en masa a precios bajos: es la llamada “revolución verde”.

La industrialización agroalimentaria implicó un “proceso de sustitución” de los productos agrarios por productos industriales que se traduce en el desarrollo de “alimentos fabricados” que complementa al “proceso de apropiación” industrial en la agricultura por el que los insumos antes controlados y reproducidos por el agricultor (Goodman y Redclift 1991, Friedman, 1991).

Con la llamada “globalización” el principal cambio en el sistema agroalimentario ha sido el nuevo poder estratégico de la distribución comercial. La producción flexible implica “pensar al revés” (Coriat, 1992) produciendo tan sólo lo que está vendido, planificando la producción sobre la base de un conocimiento perfecto de los cambios en la demanda. Este papel estratégico de la distribución comercial se refuerza ya que son los distribuidores y, sobre todo las grandes superficies comerciales, las que deciden qué productos llegan al consumidor.

Pero este modelo planteará severas restricciones, hasta el punto de que se habla de una triple crisis (social, medioambiental, de desarrollo económico), que podemos ligar al sistema agroalimentario que demandan las conurbaciones “globales”. En el terreno medioambiental, conviene recordar la dependencia de combustibles fósiles que tiene la agricultura (transportes, insumos químicos, explotaciones industriales); un modelo que impulsa el cambio climático, a la vez que se encuentra condenado a su extinción. Por otra parte, redes de sindicatos agrarios culpan a la PAC y a la Unión Europea de la actual situación del campo. Vía Campesina estima que cada tres minutos desaparece una pequeña explotación agrícola. Por último, las sucesivas crisis (o alarmas) alimentarias harán que la ciudadanía perciba como la sociedad del riesgo llama a su puerta bajo las redes agroalimentarias globales.

2.2. La legitimidad de un modelo de consumo

Los procesos históricos de divorcio entre la ciudad y el campo, entre la producción y el consumo, entre la sostenibilidad y el surgimiento de un mercado global agroalimentario no han sido puestos en marcha de espaldas a la ciudadanía, antes al contrario. La noción de progreso asociada a una aplicación intensiva de la tecnología o la conquista de un bienestar vía acumulación material contaron con el respaldo de buena parte de la población. Sobre todo a partir de los años 60, donde la ciudad se revela como destino de una emigración que busca trabajo en los cinturones industriales, modernidad en sus pautas de consumo. La ciudad es el lugar de las luces.

Son claras las constelaciones de intereses que se aglutinan alrededor de una modernización agraria y del consumo: industrias de insumos y procesamiento de materias agrícolas,

vendedores de tecnologías y bienes de equipo, distribuidores y comercializadores, investigadores y técnicos de la administración al servicio de programas de modernización del campo, empresarios que buscan mano de obra barata procedente del éxodo rural, etc. El poder, como indicara Weber, además de estos intereses, precisa de legitimidad social, de proyectos considerados ineludibles (así ha de ser, marco de legalidad), positivos (justos, benefactores), o en manos de líderes adecuados (carismáticos, seductores, idealizados como portadores de valores necesarios). De esta manera, el proyecto de modernización agraria ha de mirarse no sólo como un proyecto físico (tecnológico, de industrialización agraria, de creación de infraestructuras) o administrativo (marco legal, agendas políticas), sino también como un gran enunciado, un referente simbólico que, incluso entre movimientos sociales críticos con el franquismo encontró aliados. Centrados en la reclamación de condiciones materiales (salarios, alimentación, salud, educación, acceso a vivienda) el movimiento vecinal y el movimiento obrero incentivaron esta producción intensiva de bienes. El problema, o las demandas, estarían en su distribución. Pero no en su producción y en las consecuencias de los nuevos estilos de vida a que obligaban o que auspiciaban las nuevas pautas de consumo (Alonso 2005: 48 y siguientes).

La entrada de la crítica al consumo no se produciría abiertamente hasta los 80, de la mano, fundamentalmente, de movimientos sociales de crítica a los patrones de crecimiento economía y de jerarquía social implícitos en él, ecologistas y feministas junto a pacifistas y culturas urbanas como la *ocupación*. En paralelo llegan también los argumentos de quienes realizan una arqueología del poder, en terrenos simbólicos fundamentalmente (Foucault, Debord), y de la Escuela de Frankfurt (con *El hombre unidimensional* de Marcuse a la cabeza) que ven en el consumo espectacular, mediatizado, como una herramienta muy útil para sostener determinadas jerarquías económicas y culturales.

La hipersensibilidad frente al poder será una constante a partir de los nuevos movimientos sociales, reflejo en la actualidad de argumentos y prácticas que ponen en juego los nuevos movimientos globales (Calle 2005). En paralelo, la reclamación de una agricultura participativa tendrá en nuevas aproximaciones a los modos de producción agrícola (los estilos de agricultura de Jan Douwe V. der Ploeg o la escuela del Farming System Research) las primeras piedras que abrirán a la agroecología las puertas de una mirada más horizontal, en clave de desarrollo endógeno a una agricultura de matriz ecológica (Sevilla Guzmán 2006). También no hemos de olvidar las resistencias de agricultores y campesinos al avance de este modelo, base de la actual conformación de Vía Campesina como referente internacional de propuestas de soberanía alimentaria.

A medida que la “globalización” se convierte en un hecho referencial a escala planetaria (debilitamiento del estado, auge de multinacionales y de mercados mundiales, adopción de políticas neoliberales, etc.), este modelo de crecimiento, sometido progresivamente a los vaivenes de un capitalismo financiero y transnacionalizado, comenzará a ser contestado. Y con ello, el consumo y el sistema agroalimentario pasarán a situarse en la mirada de los excluidos de este proceso (campesinos, por ejemplo) o de los insatisfechos por razones materiales, expresivas o afectivas (nuevos movimientos en Occidente). La ciudad pierde luces y gana sombras.

En este contexto, la pérdida de legitimidad de un modelo de ciudad va de la mano de la del sistema agroalimentario, a la vez que abraza la crítica a la globalización desde la hipersensibilidad frente al poder. Ello facilitará que paradigmas permeados por una democracia radical (horizontalidad, cooperación y deliberación, “desde abajo”) sirvan de sustrato para múltiples resistencias, en particular las del campo agroalimentario. Y que permita un encuentro entre resistencias campesinas y urbanas, muy en la línea también de la cultura de los nuevos movimientos globales, tendentes a poner un “y”, donde movimientos más tradicionales (obrero, nuevos movimientos sociales, incluso los de matrices campesinas) solían establecer una disyunción, un “o”, o una imposición, un “sobre” (Calle 2005).

Así mismo, y como explicación de esas resistencias urbanas al modo de producción agrícola, algo inusual en otros tiempos, conviene recordar, siguiendo a Delgado (2007: 178) que en la misma ciudad impuesta no dejan de producirse motines prácticos y culturales frente a la fiesta (o el festín) del consumo que planes urbanísticos y agendas agroalimentarias intentan configurar.

3. Desafecciones agroalimentarias: de las estrategias de consumo a las resistencias sociales

Con desafección alimentaria, nos referimos a la generalización de una percepción social negativa (en los países industrializados) del sistema agroalimentario más globalizado y de las instituciones públicas encargadas de controlar, reproducir o intervenir en él. Dicha desafección implica una desconfianza hacia dicho entramado por motivos de salud, éticos o medioambientales fundamentalmente. Por ejemplo, en 1999, la detección de un alto grado de dioxinas en granjas avícolas de Bélgica generó una crisis alimentaria. Tras esta crisis, una encuesta del CIS confirmaba que un 82% de las personas opinaban que este fenómeno se repetiría “con toda seguridad” o “probablemente”.

Esta desafección alimentaria comparte rasgos con una desafección política más general. Desde los 90, el término desafección política (distanciamiento de la ciudadanía con respecto a las democracias representativas) cobra relevancia académica a partir de los trabajos de Putnam (2003). Autores como Sousa Santos y Avritzer (2004), Crouch (2004), Hermet (2008) van más allá, y llegan a hablar del “declive de la democracia” tal y como la conocemos actualmente. Nos encontraríamos en una bifurcación, donde democracias de carácter autoritario (basadas en el modelo de “gobernanza”), pugnan con deseos, al menos retóricos, de explorar una democracia participativa (apertura de instituciones), mientras que los nuevos movimientos globales tratan de sostener una democracia radical, que reorganice sistemas sociales “desde abajo” (Calle 2005, 2007).

¿Cómo se entrelazan con la desafección política en los países del centro? Varias características hermanan y retroalimentan ambas desafecciones. En primer lugar, los considerados responsables para velar por la seguridad alimentaria son situados en el ojo del huracán mediático. El manejo de las crisis alimentarias está sujeto a la agenda política del gobierno de turno, desarrollando estrategias de minimización de riesgos para quien está en el poder y de petición de responsabilidades para los partidos de la oposición (Martínez Solana 2004).

En segundo lugar, la ciudadanía se plantea reformular sus estrategias. En el caso agroalimentario, pasando a mantener una desconfianza alta sobre estos productos. En el caso político, manifestando su distancia al voto, como se expresa en la participación en elecciones que atañen a la Unión Europea, y en particular, en la instalación de un sector juvenil abiertamente partidario de la abstención o el voto nulo. Ello no implica una deslegitimación generalizada del sistema político y agroalimentario globalizado. Pero sí, la existencia de un descontento extenso entre la población y el desarrollo de estrategias por parte de ciertos sectores a la búsqueda de otras reglas de juego.

3.1. Estrategias de consumo individuales y colectivas

El consumo en general, y la satisfacción de necesidades básicas como la alimentación en particular, es un fenómeno relacional (Callejo 1994, Alonso 2005, Gómez de Benito 2008). La alimentación, e incluso el código culinario, ha sido vista por los antropólogos como un lenguaje donde la sociedad “revela inconscientemente su estructura, o quizás nos expone sus contradicciones” como afirmara Levi-Strauss (citado en Garine 1995: 137). Si bien, existen estructuras institucionales y simbólicas que condicionan nuestra alimentación, como cualquier

otra interacción social (Bourdieu), también hay una apropiación contextualizada e individual desde la que las personas despliegan una voluntad, una elección, un agenciamiento desde sus propios y múltiples códigos culturales, afectivos, instrumentales o de percepción de la naturaleza. Así, podemos afirmar que no somos ni esclavos, ni soberanos (Cortina 2002: 235), ni absolutamente libres, ni robotizados (Alonso 2005: 30, 80).

Este movimiento de agenciamiento es, a su vez, doble. Es colectivo, en la medida en que atiende a las relaciones sociales que condicionan y que intentamos condicionar. Desde el gusto hasta la educación en la apariencia o en dietas “aconsejadas” no dejamos de negociar constantemente, a veces con escaso margen como consecuencia de la oligopolización que generan las grandes distribuidoras, qué se considera una alimentación “aceptable” o “rica”. Es más, las resistencias agroalimentarias de las que hablamos en este trabajo son estrategias conscientes de introducir modificaciones en los habitus, en las gramáticas sociales de lo que es considerado como “bueno” en la alimentación, apelando para ello a razones sociales, morales, medioambientales, culturales o afectivas.

Esta apropiación grupal o elaboración colectiva del sentido que concedemos a la alimentación dará paso a un abanico de estrategias individuales, las cuales a su vez estarán mediatizadas por las estructuras materiales y simbólicas que nos influyan. Con respecto al sistema agroalimentario, los consumidores se moverán entre la *integración* según las pautas que dicta el gran mercado (integración que puede ser a su vez festiva y aclamada o simplemente interesada por razones económicas); la *adaptación* por no tener otras referencias (en muchos casos buscando un ahorro, un llegar a fin de mes a través de la reducción de costes en la cesta de la compra); o lo que denominaremos *resistencias* o expresiones alternativas (que serán individuales y colectivas).

Esto nos da pie a sugerir una tipología de estrategias de consumidores dispuestos a cambiar de pautas de compra, a veces de estilos de vida, bien por voluntad propia, bien por influencia del consumismo y que obedece a diferentes motivaciones:

- Consumo *a la moda*: identidad cambiante, tener es ser, tribus sociales. Caracterizado por una *integración festiva*.
- Consumo *defensivo*: reacción frente a alarmas alimentarias, estrategias coyunturales; podría considerarse dentro de un *acatamiento forzoso*: se activan otras estrategias individuales de compra por razones de salud o económicas (el 22% de los españoles se considera dentro del perfil de consumidor ahorrador o “low cost”)
- Consumo “alternativo”: los llamados *Bohemios Burgueses* (Bobos), nuevos nichos de mercado por motivos de salud y en algunos casos medioambientales.

- Consumo *reflexivo*: activación ética, pero individual, dentro del mercado sobre la base integral de criterios sociales, medioambientales, de salud, como pueden ser el comercio justo, los productos ecológicos o la compra en mercados locales. Aparece ligado al consumo de Bobos y a las estrategias colectivas que plantean alternativas al mercado agroalimentario.
- Consumo constructivo: desarrollo de un acción colectiva que genera una *resistencia agroalimentaria* como las que analizamos en este trabajo.

Un mapa tentativo de este tipo de consumos se ofrece a continuación, para mostrar también que se trata de estrategias difusas y que en algunos casos pueden solaparse.

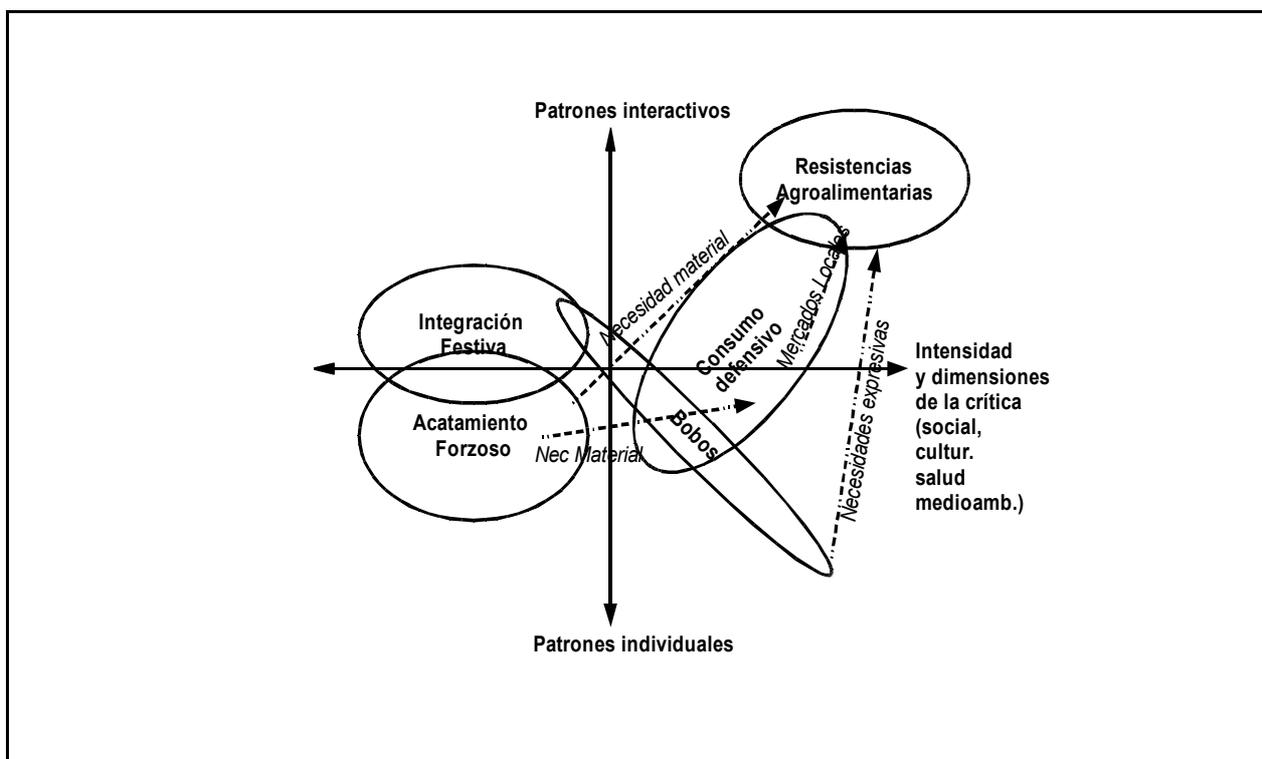


Figura 1. Estrategias de consumidores

Las resistencias agroalimentarias no son fenómenos aislados con respecto a otras estrategias individuales. Existen caminos que entrelazan las estrategias, a su vez entrelazadas con estilos de vida (hábitos, gramáticas y espacios que sirven de referencias de socialización e interacción social), cuyo análisis está aún pendiente de realizar.

Una de las principales diferencias entre estas estrategias, desde el punto de vista de la apropiación de cada agente, es la existencia o no de lo que expertos en psicología social definen como una *disonancia cognitiva*, es decir: ¿sigue siendo “coherente” seguir moviéndose dentro del actual sistema agroalimentario? ¿concuera con mi estilo de vida, con

mis valores? ¿tienen credibilidad otras referencias? Para quienes participan en las resistencias agroalimentarias, la disonancia cognitiva es alta y la búsqueda de otras estrategias pone en juego no sólo un agenciamiento político, o meramente productivo, sino social e incluso emocional y afectivo (auto-estima, reconocimiento en un grupo social, eliminación de ciertos desasosiegos).

3.2. Resistencias agroalimentarias

El consumo se presenta como conformador de estilos de vida e interacciones sociales; y a la vez como reproductor de dinámicas de acumulación y de legitimación simbólica del capitalismo. Crea referencias para estilos de vida, oponiéndose o cortocircuitando la posibilidad de construir otras formas de sociabilidad. Induce descontentos de matrices materiales, expresivas y afectivas. Y también de relación con la naturaleza. No es de extrañar, por tanto, que, desde los 70, el ámbito del consumo sea “marco de la creación de nuevos movimientos sociales, de formas de convivencia” como afirma Alonso (2005: 81). Como constatamos en este artículo, es a partir de los 90 que el campo específico de la alimentación se convertirá en eje de trabajo de múltiples redes críticas con la globalización. Acudirán entonces los *nuevos movimientos globales* bajo la forma de protesta (el fenómeno “antiglobalización” será el más difundido) y también de apoyo a las otras dos familias de resistencias agroalimentarias (Calle 2005). Los *nuevos cultivos sociales* representados aquí en la forma de cooperativas de consumidores convertidos en sus propios productores (verduras y hortalizas, fundamentalmente), son, principalmente, espacios de socialización para la satisfacción directa de las necesidades básicas, frente a un capitalismo y unas formas de dominación autoritarias (patriarcales) que obstaculizan el desarrollo de economías solidarias Calle (2007, 2008). Y por último, campesinos y pequeños agricultores apuestan por *nuevos estilos agroalimentarios* que recuperan y recrean manejos de los agroecosistemas sobre la base de la cercanía y el saber local, esta vez para hacer frente a una mundialización que los excluye. Esto no significa necesariamente, una vuelta al pasado, antes al contrario, pretenden el establecimiento de otro presente que critica las tecnologías que suponen un alejamiento o una pérdida de control, por parte de agricultores y ciudadanos, del derecho a la alimentación. En este sentido, las resistencias agroalimentarias son exponente a la vez que proponentes de una revisión de la relación entre movimientos sociales y consumo a lo largo de la historia, centrándonos en Occidente.

	Movimiento Obrero	Nuevos Movimientos Sociales	Nuevos Movimientos Globales
Visión del consumo	Necesidad de garantizar un acceso, de redistribuir riqueza	Consumo como código, cumple a la par funciones de inserción social como de control	Aparece el Sistema Agroalimentario Global como esfera básica para de colonización social y devastación medioambiental
Justificación y motivaciones	Consumo de masas, necesidades materiales, despauzerizar al obrero	No es un problema de objetos sino de relaciones entre sujetos desiguales	Es un problema no sólo de desigualdad social, sino de democracia y de insostenibilidad en general
Respuestas sociales y técnicas	Construcción del Estado de bienestar	Generación de alternativas ecológicas	Agroecología y democracia radical

Tabla1. Movimientos sociales y crítica del consumo (perspectiva en Occidente)

Por su parte, ligándose a líneas de actuación en el campo de la economía solidaria, los nuevos movimientos globales alientan, con sus protestas y con sus vinculaciones, el surgimiento de formas cooperativas que se enfrentan a un capitalismo cada vez más territorializado (depredador, extendido en el mundo) y más colonizador de la acción social (consumo como enlace fundamental de las sociedades occidentales). Proponemos, para buena parte de estas resistencias, una mirada que trascienda las dicotomías clásicas de público/privado, político/cultural, protesta/socialización, sujetos/espacios, proceso/proyecto, subsistencia/expresión/afecto, instituciones/interacciones, sociedades/vida. Proponemos un nombre: *cultivos sociales*. Los *cultivos sociales* serían redes que se orientan, explícita y fundamentalmente, a la generación de espacios y relaciones con los que satisfacer, lo más directamente posible, un conjunto de necesidades básicas. Los cultivos sociales son micro-sociedades, embriones de nuevas formas de vida. La constitución de cooperativas agroecológicas será testimonio de ello, como ilustraremos posteriormente.

Por último, desde matrices clásicas del sindicalismo de agricultores y agricultoras, y entrelazándose con organizaciones y nuevas culturas de movilización, se vienen proponiendo nuevos estilos agroalimentarios que democraticen relaciones de producción y de consumo. Para aproximarnos al análisis de estas prácticas ubicaremos este concepto en el marco de la sociología rural.

El concepto de *estilo agroalimentario* bebe de dos conceptos analíticos interrelacionados pero provenientes de debates teóricos y metodológicos diferenciados dentro de la sociología rural: el concepto de “sistema agroalimentario” definido por los autores que en la década de 1990 se agrupan en la denominada “Nueva Economía Política de la Agricultura” y el concepto de

“estilo de agricultura” o “estilo de manejo agroganadero”² propuesto por van der Ploeg (1990, 2003).

Un *estilo agroalimentario* es un modo específico de articular una práctica de producción, transformación, distribución y consumo alimentario, resultando central, por una parte, la interrelación sistémica entre todos los agentes que participan en la función alimentaria y, por otra, la coherencia entre los valores culturales y la praxis de la función alimentaria.

El concepto de “estilo agroalimentario” implica centrar el análisis de la homogeneidad-heterogeneidad de la producción agraria en el ámbito del sistema agroalimentario poniendo de manifiesto la diversidad de interrelaciones entre agentes y actividades en torno a la alimentación y la necesidad de prestar atención analítica a la misma si se desea comprender tanto el funcionamiento del sistema agroalimentario como la actual sociología de la alimentación con una cierta honestidad académica.

4. Mapas de iniciativas

El tridente de nuevos movimientos globales, movimientos campesinos y del ecologismo más político está, en mayor o menor medida, y bajo diferentes articulaciones según el contexto social, detrás del surgimiento del conjunto de las resistencias agroalimentarias en este país. A partir de este anudamiento se irán conformando las expresiones que hemos caracterizado como propias de nuevos movimientos globales, cultivos sociales o nuevos estilos agroalimentarios.

4.1. Consumo, Alimentación y Biotecnologías: de la agricultura y del ecologismo a los nuevos movimientos globales

Comencemos examinando el consumo desde las redes de protesta más cercanas a lo que se ha venido en llamar “movimiento antiglobalización”. Redes alternativas de consumo (Xarxa de Consum Solidari, Ideas, etc.) y del movimiento ecologista (Ecologistas en Acció, Greenpeace, plataformas ecologistas locales, etc.), principalmente, nos proponen iniciativas que tienen como objetivo la promoción de estrategias individuales y colectivas hacia un consumo guiado por criterios medioambientales, sociales y de reducción del propio consumo. A escala estatal, Ecologistas en Acció cuenta con un área de trabajo que específicamente aborda la cuestión del *consumo*, y desde la que se promueven iniciativas como: día sin

² Traducción del inglés de “Farming styles” o “styles of farming”.

compras, semana sin televisión, criterios de consumo, navidades ecológicas y se da apoyo a iniciativas frente a las grandes superficies. Existen otras áreas implicadas, como *antiglobalización*, y que servirán de puente hacia otras iniciativas en el marco de los nuevos movimientos globales, como veremos después. Por último, la reciente creación del área de *agroecología* es exponente del papel de esta filosofía de acción como aglutinador de las tres tipologías de resistencias agroalimentarias que describimos en este artículo. Greenpeace, por su parte, asegura que “el futuro del planeta depende mucho más de nuestro consumo que de las urnas”, apostando por una agricultura y ganadería ecológicas.

En el plano de redes de comercialización alternativas, la Xarxa de Consum Solidari viene trabajando desde 1996 en temas de comercio justo, consumo crítico y soberanía alimentaria. De iniciativas de sensibilización se pasa a reivindicar una estrategia de circuitos cortos en desafío del actual sistema agroalimentario: “No importamos productos que ya se producen aquí, con unos componentes sociales y ecológicos equivalentes, y nos basamos en unos criterios de total transparencia en el conjunto de la cadena comercial”.

Por su carácter más sectorial, en lo que se refiere a discursos y organizaciones involucradas, estas iniciativas sobre consumo tienen más que ver con la tradición de los nuevos movimientos sociales (ecologismo al frente) que desde los 60 y 70 vienen problematizando el consumo como alienante y eje significativo del actual modelo de reproducción social.

En un paso más abierto hacia los nuevos movimientos globales (perfil más global, en lo que a la pluralidad de organizaciones y el carácter más holístico del discurso se refiere), situaríamos las manifestaciones frente a los transgénicos, que cuenta con diversas plataformas locales en el Estado español, siendo algunas de ellas: Transgènics Fora!, Plataforma Galega Antitransxénicos, Plataforma Andaluza Anti-transgénicos. La entrada de transgénicos significa, para estos actores, riesgos para la salud, daños al medio ambiente y una amenaza para la agricultura sostenible y para la propia subsistencia de millones de familias campesinas (en tríptico *No quiero transgénicos*, distribuido por Ecologistas en Acción y Plataforma Rural). Dentro de la crítica a la globalización, los transgénicos serían una herramienta para “proteger los intereses de las grandes transnacionales biotecnológicas [antes] que la salud de las personas [...] que ponen en peligro el futuro de la alimentación mundial”. El 18 de abril se celebraba en Zaragoza la primera manifestación estatal contra los transgénicos. Se darían cita 5.000 personas, productores y consumidores, a título individual o integrantes de colectivos sociales (sindicatos agrarios, organizaciones de consumo y ecologistas, principalmente) para dirigir una fuerte crítica al papel que ejerce el gobierno español como garante e impulsor de una política europea pro-transgénicos, respaldando ensayos y cultivos de transnacionales

como Monsanto, en contra del criterio de países como Francia o Alemania.

En una línea similar, situaríamos las declaraciones de Zonas Libres de Transgénicos, realizadas en Asturias, País Vasco, Canarias, Baleares y más de 50 municipios³. El carácter local-global, multisectorial y de crítica a la mundialización alimentaria está presente en Declaraciones como la de Canarias, cuya plataforma de presión aglutinaría a organizaciones como Red Canaria de Semillas, Asociación de Mercadillos de Tenerife, Ecologistas en Acción (Ben-Magec), Agate, Amigos de la Tierra o el sindicato agrario COAG; la hipersensibilidad frente al poder o la crítica a la “gobernanza democrática” está presente en la fuerte denuncia que se hace hacia la falta de transparencia de la actuación y el seguimiento de las experimentaciones y comercialización con materiales transgénicos.

Dentro ya del terreno de los agricultores como referentes y proponentes de un cambio social, pero en alianza con sectores de los nuevos movimientos globales, contamos como exponente con Plataforma Rural. La componen 20 organizaciones: sindicatos de agricultores como COAG y SOC; organizaciones rurales como el Movimiento Rural cristiano; ONGs y redes sociales como Veterinarios Sin Fronteras, Ecologistas en Acción, Sodepaz, Red África Europa, Entrepueblos, Caritas española, Amigos de la Tierra, CERAI; y organizaciones de consumidores y de distribución alternativa como CECU (Confederación de consumidores y usuarios) y la Xarxa de Consum Solidari. Celebra bianualmente encuentros, bajo el lema “Por un mundo Rural Vivo”, donde se debate y se intercambian experiencias, buena parte de ellas con idearios dentro de la soberanía alimentaria y la agroecología. Para esta plataforma es necesario reclamar una agricultura pública, para todos, para el mundo rural y “para el conjunto de la sociedad”. Para ello, entre otras medidas, se debería proceder a una “extensión de las experiencias de mercado directo como alternativa a la mundialización y la industrialización de la agricultura”. Vemos aquí, el concepto de ciudadanía como destinatario y sujeto del cambio social (y no sólo una demanda sectorial para agricultores), que se habría de reforzar sobre el desafío del sistema agroalimentario global por medio de circuitos cortos, de menos intermediarios, si no de venta directa.

Desde esta plataforma han surgido muchas iniciativas, pero en particular dos son interesante traer aquí para ilustrar nuestro análisis. La primera, *Supermercado, No gracias*, es una clara problematización del sistema agroalimentario desde el consumidor “atrapado” en las grandes superficies que, como veíamos anteriormente, paulatinamente controla más fases y más parte del mercado. En palabras que se recogen en su manifiesto, la globalización alimentaria está dando paso “a una producción y comercialización de alimentos insostenibles y a un control

³ Consultar listado en www.tierra.org; sobre manifiestos ver páginas de Ecologistas en Acción.

corporativo sobre la alimentación sin precedentes”. Es una campaña que, además, ha contado con la participación de redes sociales del ámbito “antiglobalización” en su desarrollo en poblaciones urbanas como en Barcelona. Allí nos encontramos, al margen de Sodepau, [Sodepau, Veterinaris sense Fronteres y la Xarxa de Consum Solidari](#), con ONGs como [Enginyeria sense fronteres](#), Observatori del Deute en la Globalització (ligado a la campaña ¿Quién debe a Quién? Embarcada en temas de deuda ecológica y deuda externa) y [SETEM-Catalunya \(que coordina la campaña Ropa Sucia frente a las transnacionales del textil\)](#).

La segunda, la *Iniciativa para la Soberanía Alimentaria (ISA)*, surgida del 6º foro de Plataforma Rural “Por un mundo rural vivo” (3, 4 y 5 de octubre de 2008 en Andorra, Teruel). ISA pretende ser un paraguas para construir articulaciones entre productores y consumidores locales que aporten experiencias y realidad a la construcción de una soberanía alimentaria. En sus palabras, se precisa “recampesinizar la sociedad”, esto es, darle una visión social al mundo rural por parte de quienes, directa o indirectamente, hacemos uso de sus recursos naturales y participamos en el sostenimiento de un sistema agroalimentario global que se nos impone “fuera del control democrático” a través de políticas de la Unión Europea o de la OMC, como reza en su manifiesto.

Por último, la globalización del sistema agroalimentario tiene también una mirada crítica desde referentes más novedosos relacionados con propuestas de *decrecimiento* o *deglobalización* (ver Calle 2007, 2009). Ante el previsible declive de la era fósil y el estallido de la burbuja especulativa mundialmente en septiembre de 2008, cobran fuerza estas líneas de trabajo entre los nuevos movimientos globales, bien directamente; bien de la mano de campañas frente a los agrocombustibles; bien frente la relación que se establece entre burbuja especulativa y crisis alimentaria. No es de extrañar por tanto, que una larga lista de organizaciones campesinas, ecologistas, de consumidores y ONGs de desarrollo reaccionaban críticamente frente a la reunión de Alto Nivel de Seguridad Alimentaria celebrada en Madrid, el 26 y 27 de enero. El título de la declaración es bastante ilustrativo: “Abogados a la catástrofe; cuando los bancos gestionan la crisis alimentaria”⁴.

4.2. De la agricultura a la democracia: estilos agroalimentarios y sindicalismo agrario

Los intereses de agricultores y consumidores en el sistema agroalimentario globalizado quedan subordinado, desatendidos, y es desde estos dos colectivos desde donde están

⁴ Consultar www.eurovia.org

surgiendo iniciativas colectivas orientadas a generar estilos agroalimentarios alternativos. Estos estilos agroalimentarios alternativos están guiados por valores y fines distintos a los imperantes en el modelo globalizado e implican formas de manejo agrario, estructuras de comercialización, así como relaciones entre los distintos agentes y actividades alternativas como ponen de manifiesto tanto la experiencia de la FACPE y la Iniciativa ARCo de COAG.. La Federación Andaluza de Cooperativas de Consumidores y Productores Ecológicos (FACPE) tiene su origen a principio de la década de 1990 en Andalucía como una iniciativa conjunta de consumidores y agricultores ecológicos andaluces. La participación activa de los agricultores que se integran como socios en las primeras cooperativas es un rasgo diferencial de esta iniciativa.

Actualmente la FACPE es una red de diez asociaciones cooperativas en las que se integran como socio cerca de 1.000 familias. La mayor parte de las asociaciones gestionan tiendas abiertas al público con precios diferenciados para socios y no socios.

La FACPE basa su funcionamiento en las asambleas de base y la participación de los socios (consumidores y productores). Entre sus objetivos está el “fomentar los valores participativos y solidarios basados en la democracia social y económica a través del movimiento asambleario de base”. Se trata pues de una iniciativa de democracia radical que podemos identificar como cultivo social orientada a conseguir una transformación en el sistema agroalimentario desde la vida cotidiana del consumo alimentario.

La valorización y visibilización de los y las agricultores es central en esta organización, así como la redefinición de las relaciones de poder entre la producción agraria y el consumo. Así afirman como objetivo un “nuevo modelo de consumo y de producción de alimentos más respetuosa con el medio ambiente, la salud de las personas y en el que volvieran a tomar protagonismo los/las agricultores/as, ganaderos/as y elaboradores/as”. El objetivo es doble. Por una parte se trata de tener acceso a alimentos ecológicos locales por parte de los consumidores urbanos. Por otra, se persigue crear posibilidades de vida en el mercado local a los productores ecológicos familiares Así afirman, “queríamos consumir y producir frutas y verduras frescas y naturales, libres de pesticidas y plaguicidas, sin química alguna que proviniesen de nuestras huertas y campos andaluces. Además lo queríamos hacer a unos precios razonables para las familias consumidoras que simultáneamente permitiesen a los campesinos y artesano vivir dignamente, al margen de los movimientos especulativos de mercado agrícola, evitando al máximo los intermediario”.

Consecuentemente, la redefinición de las relaciones de poder dentro del sistema agroalimentario es el objetivo central de la praxis de la FACPE. Agricultores y consumidores

son los agentes centrales y activos colocados al mismo nivel de interlocución y participación en la articulación de un nuevo sistema agroalimentario que se orienta a un objetivo común de atender necesidades básicas: alimentación de los consumidores y modo de vida de los agricultores⁵.

Se trata pues de construir canales cortos de comercialización donde se reequilibren las relaciones de poder entre producción y consumo en el sistema agroalimentario como alternativa al modelo globalizado. Así lo expresan en su página web “estamos transformando las condiciones de producción, suministro, pago y comercialización que predominan en una economía de mercado globalizada y estamos creando un mecanismo colectivo de selección y discriminación positiva, de seguimiento y verificación, así como de redistribución y solidaridad”.

Otras iniciativas de estilos agroalimentarios alternativos han nacido impulsadas por los propios agricultores y ganaderos. En el estado español, ha sido el sindicato COAG (Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos) el que ha desarrollado discursos más críticos con el sistema agroalimentario globalizado, ha participado en alianzas con los nuevos movimientos sociales globales e impulsado iniciativas activas tendentes a la construcción de nuevos estilos agroalimentarios como la iniciativa ARCo.

La construcción de un discurso crítico sobre el sistema agroalimentario en el seno de la COAG ha respondido a la participación de esta organización en la Vía Campesina y en su propuesta de Soberanía Alimentaria. La Vía Campesina es una organización internacional presente en 56 países que aglutina a campesinos, pequeños y medianos productores y trabajadores agrícolas sin tierra que surge en 1993 y se consolida en torno a las luchas contra el acuerdo agrario de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y sus consecuencias negativas sobre la agricultura campesina.

El discurso de la soberanía alimentaria nace como crítica a los procesos de liberalización comercial alimentaria impulsados por la OMC y se define inicialmente como el “derecho de los pueblos, los países y las uniones de Estados, a definir sus políticas agropecuarias y de producción de alimentos sin imponer el dumping a terceros países”. Sin embargo, este discurso crítico se ha ido dotando de cada vez más de propuestas para la construcción de un sistema agroalimentario alternativo hasta definir la soberanía alimentaria como el “organizar la producción y el consumo de alimentos de acuerdo a las necesidades de las comunidades

⁵ Ello implica, al igual que en el caso de ARCo, el desarrollo de Sistemas Participativos de Garantía basados en la confianza y la cooperación entre productores y consumidores. Ver Cuéllar Padilla, Mamen y Calle Collado, Ángel (2009): “Sistemas Participativos de Garantía. Poder, Democracia y Agroecología”, *I Congreso Español de Sociología de la Alimentación*, Gijón, 28 – 29 de mayo de 2009

locales otorgando prioridad a las producción y consumo locales domésticos”. Así los objetivos de la Vía Campesina, junto a la soberanía alimentaria, se centran en la defensa del modelo campesino de producción de alimentos sanos basada en el manejo de la biodiversidad, la sostenibilidad y el conocimiento campesino, en la línea de la agroecología, así como en la defensa de la descentralización de la producción de alimentos y las cadenas de distribución. La praxis de construir estilos agroalimentarios alternativos coherentes con la soberanía alimentaria en el seno de COAG se concreta en la Iniciativa ARCo- Agricultura de responsabilidad Compartida. Esta red tiene como objetivo promover relaciones directas y estables entre agricultores y ganaderos y los consumidores a través de canales cortos de comercialización siguiendo los principios de la Soberanía Alimentaria y la agroecología. Actualmente la Iniciativa ARCo está en proceso de creación a través de los Grupos ARCo que son grupos locales de productores que se comprometen con un grupo de consumidores para realizar una venta directa a través de cestas semanales de frutas y hortalizas de producción campesina y ecológica. La iniciativa no se restringe a productores ecológicos como el caso de la FACPE si no que amplía al colectivo de agricultores y ganaderos tradicionales y campesinos. La iniciativa ARCo implica una redefinición del sistema agroalimentario a iniciativa de los agricultores y ganaderos que buscan un contacto directo con los consumidores. Es una iniciativa similar a la FACPE pero con la particularidad de partir de los productores, estar basada en cestas, venir los precios fijados por el lado de la producción y no restringirse a los productos ecológicos.

4.3. Redes críticas y consumo: cultivos sociales y necesidades básicas

En el conjunto plural de iniciativas alternativas al sistema agroalimentario, se incorporan las cooperativas agroecológicas de producción, distribución y consumo de alimentos. Estas experiencias colectivas hablan desde una crítica al actual sistema agroalimentario expresada en el poco margen de decisión y control sobre la alimentación que tienen las personas y en los desequilibrios que provocan la lógica de la producción industrial y los procesos de *mercantilización*. Proponen construir relaciones sociales y económicas desde la proximidad, la cotidianeidad y la autogestión en clave de realización de necesidades básicas definidas colectivamente (Vázquez y Pérez 2009, López y Badal coord. 2006, López y López 2003). Cuadran, por tanto, con las nuevas culturas de movilización que tienen en la democracia radical una filosofía de acción frente a la globalización percibida como insostenible y autoritaria (Vara 2009, Calle 2008).

Su actividad principal se centra en armar otro tipo de modelo de gestión de la alimentación

basado en la cooperación social, la participación, la democracia “desde abajo” y en flujos no mercantiles. Practican un manejo agroecológico de los recursos naturales para obtener una producción de, principalmente, verduras y hortalizas, que son distribuidas y consumidas por la colectividad que conforma las cooperativas. El sistema de distribución es conocido como “cestas básicas”, que en este caso, son lotes -de diversos productos de temporada- resultantes de la división de la cosecha semanal en partes iguales para sus integrantes. Toda la producción semanal es repartida, evitando así la obtención de excedentes.

El valor monetario de la cesta se decide colectivamente y no depende de la cantidad de verdura recibida sino que es una aportación, en forma de cuota, para posibilitar el sostenimiento del proyecto. Es un intento de integrar y de generar intereses comunes y no contrapuestos entre la producción y el consumo; una forma de economía solidaria. En la mayoría de las cooperativas, el trabajo agrícola es asumido por un grupo específico el cual es retribuido por su labor -independientemente de la producción-, y los consumidores de integran en *grupos de consumo* dentro de una red de distribución local, de proximidad.

Como iniciativas sociales, proponen una práctica de la democracia apostando por la horizontalidad en la toma de decisiones (asambleas, decisiones por consenso), por un funcionamiento en pequeños grupos (comisiones, grupos de consumo, grupos de producción) y por una comunicación cotidiana y retroalimentación cíclica “grupos-asamblea-grupos”, con efecto multiplicador y participante. El sistema se basa en un compromiso adquirido por todos los cooperativistas: una gestión conjunta y una *corresponsabilidad*, tanto en la producción como en el consumo.

Desde estas redes críticas se entiende que el sistema agroalimentario compete a toda la sociedad, ya que el conjunto de producción, distribución y consumo es considerado como un bien social (López y López, 2003: 101), un bien de todos y por tanto, del que todo el mundo debe responsabilizarse. Es una propuesta abierta a la participación por parte de la ciudadanía en general, para generar redes de satisfacción de necesidades básicas.

El enfoque agroecológico está presente, de manera explícita, en todas sus dimensiones⁶: ecológica (manejo sostenible y ecológico de las fincas, minimizando la artificialización del ecosistema agrario), socioeconómica (procesos participativos, generación de autonomía en la gestión, circuitos de proximidad, economía solidaria, rescate del conocimiento local en el uso de los recursos naturales) y sociopolítica (crítica a la lógica neoliberal y a la globalización económica, estrategias y métodos de horizontalidad en la toma de decisiones, re-apropiación

⁶ La Agroecología comprende tres dimensiones: (i) la ecológica y técnico agronómica, (ii) la socioeconómica y cultura y (iii) la sociopolítica. (Sevilla Guzmán, 2006)

de espacios rurales – tierras yermas- y urbanos -redes sociales-).

Hay una intención de cambiar la forma de vivir las relaciones económicas y de entender la agricultura y la alimentación (llevando los ciclos naturales a la mesa de los consumidores modificando sus hábitos de consumo, involucrando a los consumidores en la producción desde el manejo colectivo de la huerta hasta la planificación agrícola, posibilitando el consumo de productos ecológicos a personas con menos recursos, promoviendo la participación política, la reflexión crítica y la acción colectiva).

La propuesta de transformación social pasa por alejarse de la “linealidad” del sistema agroalimentario y sumergirse en una complejidad basada en la cooperación social y un proceso continuo de aprendizaje. En algunos casos, las ramificaciones de estos cultivos sociales se extienden, o surgen desde experiencias comunitarias rurales, como las ecoaldeas (Ruiz 2008).

Experiencia a experiencia, los procesos transformadores se van difundiendo y se cuenta, en la actualidad, con más de una docena de cooperativas que practican el modelo propuesto de producción, distribución y consumo unitario, en un marco agroecológico y con enfoque autogestionario y horizontal como La Acequia y La Rehuerta (Córdoba), Hortigas (Granada), Terratrèmol (Alicante), Uztaro Kooperativa (Guipúzcoa), Surco a Surco (Toledo, Madrid), Tomate Gorriak (Pamplona) o Bajo el Asfalto está la Huerta (Madrid, Guadalajara, Valladolid), entre otras.

5. Conclusiones

En este trabajo hemos puesto de relieve la existencia de tres perfiles de acción colectiva encaminados a proponer alternativas al actual sistema agroalimentario global. Se nutren de la desafección alimentaria, ligada a la desafección política que acompaña actualmente a las democracias representativas, en particular en Occidente. Estos tres tipos de resistencia agroalimentaria se movilizan desde unas orientaciones y unas bases sociales específicas. Los nuevos estilos agroalimentarios se nutren de la protesta de agricultores y agricultoras que denuncian la creciente exclusión de la que son objeto en el actual mercado. Los nuevos cultivos sociales, como las cooperativas de producción y consumo, arraigan en formas de economía solidaria y de autogestión de necesidades básicas, en la mayor parte de los casos, ligadas a entornos urbanos. Por último, en el marco de la actual ola de protestas frente a la llamada globalización, los nuevos movimientos globales entran en el terreno agroalimentario para contestar los mercados globales y aliarse con los sectores anteriores.

Lejos de ser tres fenómenos aislados, se retroalimentan mutuamente. Así, las cooperativas agroecológicas, que situamos dentro de los cultivos sociales de reciente aparición (economía solidaria, nuevas relaciones campo-ciudad, formas no mercantilizadas de relación), tienen lazos estrechos con las redes “antiglobalización”, y en general, con formas de hacer que se inspiran en una democracia radical. Y viceversa, situados en estos cultivos sociales, las ecoaldeas y okupaciones rurales plantean una crítica a los estilos de vida tradicionales, y abogan por una construcción de satisfactores “desde abajo”, entre ellas la promoción de circuitos próximos y comunitarios de consumo.

En términos similares de reciprocidad puede leerse el afianzamiento de nuevos estilos agroalimentarios. Éstos se proponen desde una agricultura de responsabilidad (iniciativa ARCO de COAG, que tiene un pasado propio (la agricultura tradicional adaptada a su medio y a sus posibilidades), pero también un presente de alianzas con sectores urbanos que, en la demanda de “otros mundos posibles”, sirven de base social para plantear iniciativas de consumo. En la misma dirección, consumidores organizados mediante redes en alianza con agricultores locales ecológicos como la FACPE (Andalucía).

Como exponente último de estas hibridaciones y alianzas sobre la base de este tridente, contamos con las campañas y plataformas de reciente creación entre colectivos de los tres sectores. Plataforma Rural es una alianza entre sindicatos agrarios como COAG, el ecologismo más político, ONGs de reciente creación (más confrontativas y con discursos de soberanía alimentaria) y redes de consumo. Y desde esta hibridación entre el ecologismo y el sector agrícola o consumidor más crítico con el sistema agroalimentario global, se han venido gestando campañas como *Supermercados, No gracias*.

¿Qué papel conceden a la agroecología estas iniciativas de resistencia agroalimentaria? La presencia de la agroecología como un hilo conductor aparece enunciada cada vez más recurrentemente por estas resistencias agroalimentarias. Demos algunos ejemplos. A partir de 2008, Ecologistas en Acción decide crear la comisión de *agroecología y soberanía alimentaria* para ahondar en su apuesta por el decrecimiento como hilo conductor de su incidencia política y social.

Dentro de los nuevos estilos agroalimentarios, y en el marco del discurso global de Via Campesina, EHNE propone una agricultura de responsabilidad compartida basada “en un modelo de producción enmarcado en la *agroecología*, produciendo de manera cada vez más natural teniendo presente las técnicas que nos hacen *independientes de la agroindustria, cuidando las relaciones con nuestro entorno y las personas*” (énfasis nuestro, en tríptico *Nekasarea*, www.ehne.org).

Por su parte, las nuevas cooperativas agroecológicas presentan en sus idearios el enfoque agroecológico como necesario para orientar la práctica de la participación y de la cooperación social, junto con el enfoque sociotécnico de la sustentabilidad ecológica y social (de recuperación de la biodiversidad y del conocimiento)⁷.

Bibliografía

- Callejo, Javier (1995): “Elementos para una teoría del consumo”, *Papers*, n.47,75-96
- Calle Collado, Ángel (2005): *Nuevos Movimientos Globales*, Madrid, Editorial Popular.
- Calle Collado, Ángel (2007): “El nuevo cooperativismo agroecológico en Andalucía”, n. 2 Revista *FACPE*, [disponible en internet www.facpe.org]
- Calle Collado, Ángel (2008): “La producción social de democracia (radical). Trabajo y Cultivos Sociales”, *Materiales de Rojo y Negro*, Abril de 2008 [disponible en internet]
- Calle Collado, Ángel (2009): “Crisis y política de los vínculos. Tierra, trabajo y alimentos”, *Materiales de Reflexión* producidos desde CGT [ver www.cgt.org.es/spip.php?article400]
- Cano Orellana, Antonio y Márquez Guerrero, Carolina (2001): El impacto de la globalización en las ciudades. *Desde el Sur. Cuadernos de Economía y Sociedad* nº 7
- Coriat, Benjamin (1992): *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*. Ed. Siglo XXI
- Cortina, Adela (2002): *Por una ética del consumo*, Madrid, Taurus.
- Crouch, C. (2004): *Post-Democracy*. Polity Press. Cambridge.
- Fernández Durán, Ramón (1993): *La explosión del desorden. La metrópolis como espacio de la crisis global*. Ed. Fundamentos, Madrid.
- Friedmann, Harriet (1991): Changes in the International Division of Labor: Agri-food complexes and Export Agriculture en Freeland, W. et alt. (eds): *Towards a New Political Economy of Agriculture*. Bolder, Colorado, Westview Press.
- Garine, Igor de (1995): “Los aspectos socioculturales de la nutrición”, en Jesús Contreras (comp.), *Alimentación y cultura*, Universidad de Barcelona.
- Goodman, D. and Redclift, M. (1991): *Refashioning Nature*. London, Routledge
- Hermet, G. (2008): *El invierno de la democracia. Auge y decadencia del pueblo*. Libros del lince. Barcelona.
- López García, Daniel y Badal Pijuan, Marc (coord.) (2006): *Los pies en la tierra. Reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*, Barcelona, Virus.
- López García, D. y López López, J.Á. (2003): *Con la comida no se juega. Alternativas*

⁷ Ver Vara (2009); consultar bah.ourproject.org

autogestionadas a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo. Traficantes de Sueños. Madrid.

Martínez Solana, Y. (2004): “La crisis de las *vacas locas* en España. La necesidad de una información Sanitaria responsable”. En *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* Nº 10. Universidad Complutense de Madrid.

Mumford, L. (1957): *La cultura de las ciudades*. Emecé Editores, SA Buenos Aires

Ploeg, J. D. van der (2008): *The new peasantries. Struggles for autonomy and sustainability in an era of empire and globalization*. Earthscan, Reino Unido.

Ploeg, J.D. van der (1990): *Labor, Markets, and Agricultural Production* Bolder, Westview Press

Ploeg, J.D. van der (2003): *The virtual farmer*. Royal Val Gorcum, Assem

Putnam, R.D. (2003): *El declive del capital social. Un estudio sobre las sociedades y el sentido comunitario*. Galaxia Gutenberg. Barcelona.

Ruiz Escudero, Francisca (2008): “Nuevas diversidades en el medio rural”, *IV Congreso Andaluz de Sociología*, Universidad Pablo Olavide de Sevilla.

Sevilla Guzmán, E. (2006): *De la Sociología Rural a la Agroecología*. Ed. Icaria. Barcelona.

Sousa Santos, B. (coord.) (2004): *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

Sousa Santos, B. y Avritzer (2004): “Introducción. Para ampliar el canon democrático”. En Sousa Santos, B. (coord.).

Vara, Isabel (2009): Aproximación al manejo de los recursos fitogenéticos en Nuevas Cooperativas Autogestionadas de Alimentación y Agricultura. Una perspectiva groecológica, una mirada desde la Democracia Radical. Estudio de caso: cooperativa Bajo el Asfalto está la Huerta. Tesina de Máster, Agroecología: un enfoque sustentable de la agricultura ecológica, Universidad de Córdoba.

Vázquez Meréns, Daniel y Pérez Neira, David (2008): “Alternativas ó sistema agroalimentario capitalista dende o consumo: Experiencias en Andalucía”, *II Congreso de Agroecología y Agricultura Ecológica de Galicia*, Universidad de Vigo.